

Tiempo modernos

Capítulo 5. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

Como cada tarde al llegar a su casa, Mario desconecta la alarma, pica algo de la nevera y se calienta un poco de café con leche en el microondas. Luego, enciende el ordenador, que como es del año pasado tarda una eternidad, y en esos treinta segundos ya nota el calor y el olor a cerrado de la casa, así que baja al garaje y activa el aire acondicionado. Sube y mira un momento el primer canal de noticias que encuentra en la televisión y la apaga en cuanto ponen anuncios. Después lee el correo en el ordenador y entra en la web del instituto. Hoy también ha puesto el móvil en silencio y ha abierto un documento del lápiz de memoria que siempre lleva encima con el material de trabajo actualizado. Se trata de un borrador que aún no sabe para qué utilizará, pero que quiere repasar en relación con la última clase. Empieza a leer.

Educación y tecnología

En nuestro país, la educación es obligatoria hasta los 16 años. Hasta hace relativamente poco tiempo, nada te impedía empezar a trabajar a los 12 o 14 años, que es la edad a la que comenzaba el primer curso de bachillerato o de FP.

Aquí --apunta Mario--, hablar de caligrafía, plumilla, papel barba, bigoterías, manchas de tinta china, papel vegetal, tiralíneas, rotring, máquinas de escribir, papel de calco,

vietnamitas, fotocopias, octavillas, el mundo obrero, las pintadas con spray, las huelgas, la universidad, los conciertos, la música, los sintetizadores, los amplificadores, las grabadoras, los discos, las cintas de casete, las pilas. También, rebobinar las cintas con un bolígrafo bic, corregir con tìpex, borrar con gillette. Introducir todos estos elementos sin que parezca la lista del súper.

Parece que en todas las sociedades se ha explotado el trabajo de la infancia. La Revolución industrial sólo racionalizó dicha explotación. Pero en el campo y en la ciudad, siempre se ha sacado jugo a la infancia, a cualquier edad. De una manera más o menos traumática, según cada circunstancia.

Relacionar progreso técnico y beneficio, transporte de esclavos racional, origen de las escarificaciones femeninas en las costas africanas. Ford, el trabajo en cadena, las máquinas, la velocidad, enfermedades y patologías producidas por las máquinas, hacinamiento en los núcleos industriales...

La educación formal, en nuestra cultura, comenzó por la alta nobleza en el Renacimiento y se fue extendiendo poco a poco, a partir del siglo XVII, al resto de la sociedad, gracias a la burguesía, la Iglesia y la mala conciencia de ambas.

Sí, aquí hablar del estudio de las humanidades y la teología (Elizabeth Costello, de John Maxwell Coetzee), del trivium y quadrivium, la iglesia, las catedrales, las pinturas murales como Biblia de los iletrados, iconografía del románico y gótico...

Entonces se da cuenta de que se está yendo del tema. Podría empezar por el principio...

El origen de la educación formal, lo que los no pedagogos llamamos ir a la escuela (en otro texto, debería reflexionar, apunta Mario, sobre lo que puede significar el dividir a las personas entre pedagogos y no pedagogos), lo podemos situar, como casi todas las cosas que nos hacen ser como somos, en la Grecia clásica. Su objetivo, su razón de ser desde entonces, ha variado poco en esencia: el desarrollo del conocimiento, la capacidad de raciocinio, la toma de conciencia. Desvelar los misterios de la naturaleza.

Hacer hincapié en los sentidos, en la experiencia, en la reflexión filosófica como origen de las ciencias de la naturaleza. No olvidar la división entre esclavos y hombres libres.

Pero siempre la educación ha sido algo especial, separado de la vida gregaria del pueblo. Una sofisticada actividad establecida para embellecer la vida de unos pocos, sin fines prácticos. Al contrario, en ocasiones, el hecho de tener que mancharse las manos o hacer esfuerzo físico, o simplemente tener una función práctica, restaba categoría a la actividad, como sucedió con el arte de la pintura hasta el Renacimiento. Leonardo tuvo que pronunciar su conocida frase «la pintura es una cosa mental» para señalar su inequívoco rango intelectual.

Introducir aquí la pregunta sobre el uso de la educación a lo largo de los siglos. ¿Hoy, quién

está interesado en educar? ¿Qué entendemos los educadores por educar? ¿Y los padres? ¿Y el Estado? ¿Y el mundo empresarial? Se reclama actualización tecnológica (digital), pero los horarios de clase, las asignaturas, las programaciones, ¿con qué criterio se establecen y por quién? Estas dos obsesiones en pro y en contra de las TIC (porque son necesarias para todo, o porque no lo son), ¿cómo deben interpretarse, desde una postura crítica?

Como conclusión: Difícilmente podremos afrontar la complejidad tecnológica si no fundamentamos nuestras decisiones en una idea clara de lo que es educar y la función social que la educación tiene (¿tuvo?, ¿ha de tener?) y todos los demás aspectos (culturales, éticos, científicos, sociales...) los dejamos a merced de los presupuestos, los partidos, los intereses económicos. Mal vamos si la educación sólo es una partida presupuestaria... ¿Puede que resulte decepcionante esta conclusión?

Mario guarda el documento. Coge el periódico y antes de empezar a ojearlo reflexiona sobre lo que acaba de escribir. Le ha asaltado la idea de que en todo lo que ha añadido hoy se está lamentando de algo... Es como si estuviera expresando un deseo con piel de cordero. O como si eligiera los ingredientes para llevar a cabo algo cuya intención todavía desconoce.

Más tarde, cuando llega Marisa (¡Cada día que pasa odio más esta ciudad, este barrio y este tráfico de locos!), lo encuentra anotando algo de un tomo de la enciclopedia en una agenda caducada.

--A mí también me ha ido todo como siempre, cariño.

Después de besarse con una precisión adquirida a lo largo de seis años de relación estable, Marisa se dirige al baño y, antes de cerrar la puerta, deja abierta una pregunta.

--¿En qué andas?

Mario sonrío mientras cierra la agenda. ¿Sería un aforismo decir que anda dándole vueltas a una idea? Y una idea ¿da vueltas porque es redonda o es redonda porque da vueltas? ¿Esto sería un aforismo, «una novela de una línea», como lo definió Leonid S. Sukhorukov? Seguramente no, se dice, puesto que todavía no tiene claro qué es un aforismo... Aunque hace dos siglos que Lichtenberg se los sacó de una manga de su cefalópoda mente, todavía no se ha podido definir con precisión.

Cuando vuelve Marisa, le contesta que apuntaba los datos de un autor, Lichtenberg, del que quiere leer algo.

--¿Tenemos algo de Lichtenberg, el inventor de los aforismos?

--No, que yo recuerde ahora mismo. ¿Y de dónde has sacado a...? ¿Cómo has dicho?

--Lichtenberg. De un artículo de Vila-Matas¹. Lo que me ha hecho gracia es el título del artículo «El arte de no terminar nada»...

--¡Como tú, cariño!

--Eso he pensado yo también. Un hombre del siglo dieciocho que trabaja como yo. Un espejo en el que mirarme...

¹ E. Vila-Matas, El País, Babelia, 14/8/10, p. 23.

--Un espejo muy viejo. Tus ideas parecerán más modernas.

--¿Qué quieres decir?

--No sé, se me ha ocurrido que los espejos de hace doscientos años deben vernos como seres de ciencia ficción.

--Como intrusos en sus salones Luis XV sin cobertura. ¿No es Borges² quien ha escrito algo sobre espejos que atrasan o adelantan?

--¡Jesús, qué nivel! A ti te pasa algo. Siempre que te ha afectado mucho alguna cosa, lo sublimas revisando la Historia Universal de Occidente. Si quieres hablamos después de cenar. Con calma.

Mario se quita las gafas y se frota los ojos. De repente, en medio de ese gesto, casi reflejo, nota el cansancio producido por una tensión excesiva que ha comenzado en el instituto. Hacia el final de la última clase, cuando ya recogía sus notas y contestaba las últimas preguntas distraído, pensando en otras cosas, con la guardia baja como suele decirse, se ha enredado en la más pueril de las provocaciones... Le sentará bien comentarlo después de cenar, a modo de terapia, y así matar unos cuantos fantasmas. Aunque con Marisa nunca se sabe...

Por la noche, a Mario y a Marisa les gusta conversar sobre cualquier cosa y olvidarse del trabajo, libres de las urgencias, las obligaciones o las conveniencias. Por eso, una hora más tarde, cuando ya han cenado, es Mario quien empieza.

² No es Borges, sino Cortázar. Mario se equivoca.

--Bueno, es trabajo puro y duro de lo que te voy a hablar. Luego no me reproches que no sea capaz de desconectar...

--Los dos sabemos que no lo eres, pero cuenta.

--Hoy hemos tenido una discusión en clase sobre, te lo resumo, los conocimientos que debemos tener las personas y los que debemos dejar en las garras del ordenador -- las garras del ordenador, subraya mentalmente Marisa--. Mis alumnos decían, claro, que la ortografía y la sintaxis ya no valía la pena estudiarlas. ¡Conocer las reglas ortográficas según ellos no sirve para nada puesto que disponemos del corrector del ordenador! El ordenador es una omnipotencia que en todo momento velará por nosotros. ¿Para qué quieren saber ellos nada de reglas, si ya se entienden perfectamente con los SMS? Hablando como hablan necesitan pocas palabras. Y menos aún ideas, añado yo. Para ellos, comunicarse es saber a qué hora quedan. Fin del mensaje. Naturalmente, si lo que vamos a enseñar ahora, con la incorporación de las «nuevas tecnologías», es a redactar anuncios por palabras, no hace falta estudiar demasiada ortografía ni sintaxis.

--Y tú, ¿qué les has dicho?

--Primero que son unos apáticos, y después, que parecía mentira que no comprendieran la importancia de poseer unos conocimientos, más allá de su rentabilidad instantánea. Que la mente se desarrolla gracias a la complejidad de saberes que exigen sofisticadas estructuras de elaboración reflexiva.

--¡Dios mío, Mario!

--Y, finalmente, les he planteado un ejercicio nuevo para el próximo día. Deberán traer una respuesta a esta pregunta: ¿Qué conocimientos debemos tener nosotros para comunicarnos debidamente y cuáles podemos dejar a los ordenadores? En una hoja. A dos columnas.

--¡Buff! Menos mal.

--Sí, claro. Había que terminar la clase de alguna manera. Pero no me he quedado tranquilo. Sinceramente, creo que no puedo conectar con su realidad, veo que lo que explico va por un camino y su forma de pensar por otro.

--Puede ser. ¿Te acuerdas de aquel artículo de Marc Prensky sobre emigrantes y nativos digitales que te dije que había leído?... Hablaba del cambio de cultura que supone la incorporación de los ordenadores y hasta qué punto eso incidirá en la mente de las personas.

--Sí. El cambio hacia una mente virtual. Pero la tecnología debería ir a favor y no en contra del desarrollo de la memoria o el razonamiento, o el esfuerzo...

--Según Prensky, no tiene por qué pasar eso que dices; pero, de todas formas, esas funciones están cambiando. Y además se trata de un cambio profundo, epistemológico. El conocimiento, el saber, empieza a ser algo que no llevas contigo, en la mente, en la memoria, sino que está en las redes. Tener el conocimiento ya no es lo importante, sino saber acceder a él, sacarle provecho.

--Los sociólogos habláis a una escala tan basta, Marisa, que siempre tenéis razón. La

Tierra es redonda, es evidente. ¿Cómo voy a oponerme a la idea de que hay relación entre los cambios tecnológicos y los cambios en la concepción de la realidad? Pero si bajamos un escalón, tampoco tenéis claro si es el primero la causa del segundo, o viceversa, o hay otro tipo de interrelaciones. Y todo eso es muy interesante, pero en realidad (en mi realidad de aquí y ahora), la Tierra no es redonda. Si nos situamos en la propia Tierra, hay montañas y valles. Yo camino por esas montañas y valles, y no por una esfera platónica. Un ejemplo: Lichtenberg. Si lo busco en la enciclopedia, encuentro lo que te he dicho. Es lo que tú llamarías funcionamiento analógico: he ido al apartado de literatura, al siglo XVIII, a Alemania, al orden alfabético de autores, y la enciclopedia me ha proporcionado la información proporcional a la importancia atribuida a Lichtenberg por los autores de dicha enciclopedia. Apenas nada, pero es un hilo válido del que puedo ir tirando. Y ahora tú me dirás, búscalo en Internet. Ya lo he buscado en Internet: siete millones trescientas mil entradas. Solucionado. Seguro que ahí está lo que busco. Mañana en un momento me las leo. A eso es a lo que llamabas tener el conocimiento en las redes.

--Hay metabuscadores, directorios específicos, webs especializadas, Mario.

--Sí, los míos son las bibliotecas, con su anticuado sistema de agrupar los libros por especialidades... También se llama ordenar las cosas. Es curiosa la manera de ordenar de los ordenadores... Perdemos la escala humana de las cosas, estamos sometidos a la escala digital. Ya no es la máquina la que sirve al

hombre, sino el hombre a la máquina. Es antinatural.

--La cosa no está tan clara. Lo más natural en el hombre... y la mujer, ¿no es lo artificial? ¿Hay algo más humano que nuestros ordenadores?

--Otra vez te vas a lo general, a la filosofía, a lo inmaterial, a los conceptos puros. Pero no creo que exista en nuestro universo nada inmaterial. La realidad virtual tampoco lo es. Y si algo nos lo parece, deberíamos desconfiar de ello y buscar el truco, el engaño. Todos los sobrenaturales beneficios que nos aportan las TIC me parecen una falacia. Pero no sé por qué, ahora toca llenar las aulas de ordenadores. Como sea. Aunque nunca los hayas necesitado ni sepas qué hacer con ellos.

Marisa decide que va a tener paciencia, va a tomar distancia. Para eso es una mujer emancipada, enamorada y socióloga.

--No puedes negar que hoy las nuevas tecnologías forman parte de nuestra realidad, de la economía, de la ciencia... ergo también de la educación.

Mario, como estamos viendo, no puede mantener ninguna distancia en este tema, como hombre emancipado, enamorado y docente que es.

--Sí, de acuerdo. En parte estoy de acuerdo. Pero ¿por qué parece algo forzado para tantos profesores? Porque yo no creo que se trate de lo que decías antes, de un cambio de paradigma. Creo que este concepto le viene grande a las nuevas tecnologías. ¿Qué no ha habido siempre tecnologías?

--Pero esta vez se están produciendo cambios radicales, como la interconexión entre diversas tecnologías o el acceso instantáneo a toda esa información... sobre Lichtenberg, por ejemplo.

--Yo no lo llamaría instantáneo.

--Pues a velocidad impensable, si te gusta más.

--Y las influencias --añade Mario-- entre diferentes tecnologías son una constante del progreso de la era moderna. No veo ninguna novedad tan radical como dices. No es exclusivo de las TIC. Pero lo que sí hacen es homogeneizarlo todo, someterlo todo a un código. No sé cómo ves eso...

--El lenguaje digital permite precisamente todas estas relaciones. Es un gran avance disponer de toda la información a partir de un único lenguaje.

--Pues yo creo que la transformación de la información a códigos digitales es una pérdida de algo de la información original. Es el precio de la homogeneización. Eso es irrelevante, me dirás. Pues depende de cada caso.

--Por eso no discutiremos. Pero sobre el cambio de paradigma que negabas antes, ¿no crees que las TIC están afectando no sólo a los contenidos, sino a los propios procesos? ¿Y que estos nuevos procesos provocan la aparición de nuevos lenguajes?

--Lo que creo es que siempre ha sido así, como te he dicho antes, con cualquier nueva tecnología, al menos desde el racionalismo. Además, como filólogo, tengo mis reservas respecto a lo que en el medio digital llaman

lenguajes. Un lenguaje, un nuevo lenguaje ha de dar acceso a la realidad de forma nueva, o más compleja. Una forma de comunicación que busca el control de la realidad simplificando su significado y su alcance es un código. Puede justificarse por la velocidad, como dices, o por facilitar el proceso o el resultado. Pero no me pidas que crea que hemos encontrado la panacea universal.

Marisa no tiene ganas de discutir más esta noche y menos ahora que Mario la está llevando a su terreno, a su especialidad; pequeñas escaramuzas y grandes conclusiones. Eso le puede funcionar en clase, pero no con ella. Así que intenta un golpe de efecto.

--Tú me quieres hablar de cosas reales ¿no? Pues vamos por partes. Primero te diré que, por supuesto, los ordenadores son tontos lógicos, que sólo hacen aquello para lo que están programados. Programados por personas, no lo olvides. Y esos programas están preparados para lo probable, pero nunca para lo incierto e inesperado, ni para lo sorprendente, o para lo ineficaz o lo inútil. Tampoco para lo bello, para lo ético... la lista es interminable, ya lo sabes.

Efectivamente, Mario no se lo esperaba y se conforma con expresar impaciencia jugueteando con el bolígrafo.

--Pero, además --prosigue ella--, tenemos lo que podríamos llamar, para entendernos, nuestro universo funcional, todo lo que modestamente podemos codificar para nuestro provecho y es mucho, muchísimo. Esos códigos son los que permiten la acumulación de funciones en el tratamiento de datos, de textos, como los que escribes

cada día, el hipertexto, los enlaces, el correo electrónico, las redes sociales... (Marisa bosteza). Pero si lo hemos hablado mil veces. ¿No te cansas nunca? Hasta que no lleguemos a las cinco reglas de la virtualidad de Woolgar no pararás, ¿verdad? Y a pesar de esas reglas y de todas las críticas, el portátil se ha vuelto imprescindible hasta para ti...

--¿Te has fijado en cómo hablamos? Es decepcionante lo rápido que pasa de moda la terminología informática. ¿De qué será síntoma? ¿Cómo interpreta eso la sociología?

--Ya son las doce y media. ¿Seguimos otro día? --dice Marisa poniendo los labios de una manera.

Mario tiene una especial debilidad por esta encantadora forma de no terminar las cosas...

Así que deja el bolígrafo en la mesita, se besan con la precisión de seis meses y un día de relaciones estables e inician inmediatamente los prolegómenos de una actividad interactiva totalmente ajena a la temática de este capítulo.